

El último director y primer decano, José M^a Jurado

José María Jurado

*Universidad de Cádiz. Facultad de Ciencias de la Educación.
Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura. Campus
Universitario de Puerto Real. Polígono Río San Pedro, 11.510 Puerto Real
(Cádiz). Tlfno: (956) 016246. Fax: (956) 016253.*

E-mail: josemaria.jurado@uca.es

Biblid (0214-137X (2010) 26; 153-156).

Desconocido lector:

Permíteme que te tutee y que, como colaboración en esta publicación, te remita esta especie de carta-resumen, que me solicitan, sobre mis vivencias en “Magisterio” como por antonomasia llamábamos (¿llamamos todavía?) a la vieja Escuela, denominación que no me molesta, de parecida manera prefiero la denominación de Profesor o Maestro a la espantosa de enseñante. La vieja Escuela era, y es, nuestro centro de trabajo pero que, en muchos casos, va más allá, es algo más que un simple puesto de trabajo, pues en ella convivimos, aprendemos y enseñamos.

La antigua Escuela Normal ha estado presente en mi vida en dos etapas fundamentales. La primera, como alumno, y la segunda, como Profesor. Alumno fui de aquél Plan-67, que significó una apuesta decidida por la mejor preparación del futuro maestro y, sobre todo, de un mejor reconocimiento social de la profesión. El susodicho Plan-67 giraba en torno a cuatro ejes fundamentales:

1. Incremento de la edad de los titulados. A partir de este Plan-67 se exigía, como requisito de acceso, tener cursado el bachillerato superior en lugar del bachillerato elemental, lo que significa que los maestros egresados tenían una edad aproximada de 20/21 años, en lugar de unos 17. Si le sumamos el tiempo dedicado al servicio militar, los maestros ejercían como tales a partir de los 21 años y las maestras un poco antes.

2. Distinta organización de los estudios. La carrera mantenía una duración idéntica a la de los planes anteriores (3 cursos), con la enorme diferencia de que, tras los dos primeros, había que superar una “reválida” coincidente en buena parte con las oposiciones de la época. Finalmente, el último curso se dedicaba íntegramente a Prácticas de Enseñanza en los distintos Colegios de la capital. Comoquiera que el horario de estas prácticas era el de los Colegios, pero solamente en jornada de mañana, se dedicaban las tardes a diversos Cursos de Perfeccionamiento. Incluso hubo alguna promoción inicial en la que dichas prácticas eran retribuidas con un “salario de prácticas” no simbólico, precisamente.
3. Posibilidad de acceso directo a la función pública. Tras superar el último curso, con regulares visitas de inspección a cargo de los profesores de la Escuela, y la superación de los cursos, el informe positivo de los respectivos centros junto a la realización de la correspondiente Memoria, un porcentaje de los matriculados (en torno al 10%) podían ingresar directamente como maestros sin necesidad de opositar.

Con posterioridad el acceso directo llegaría a perderse.

4. En cuanto a asignaturas y contenidos, éstos eran diferentes como los de la entonces llamada “matemáticas de conjuntos”, por ejemplo, toda una novedad de la época, a cargo de Serafín Gutiérrez Castro, mientras que aquellas eran, prácticamente, las mismas que en los planes anteriores, pero condensadas en dos cursos en lugar de tres, lo que arrojaba la friolera de trece o catorce asignaturas por curso. No obstante, destacaban asignaturas, entonces novedosas, como Inglés, que impartía Angelines Sanz, y Psicología, responsabilidad de Marisol Pascual y la eliminación, por contra, de obsolescencias como las materias de Caligrafía y de Agricultura, manteniéndose las tradicionales de Trabajos Manuales, de Manuel Granado y Encarnita Bernal, Dibujo, a cargo de Alfonso Berraquero y Música, con Máximo Pajares, las obligadas de Gimnasia, Religión y Política y las habituales, Física-Química, Lengua Española y Literatura, que impartía Carmen García Surrallés, Pedagogía, con Lamberto López y Mariluz Casares, Geografía e Historia, de Alicia Plaza etc.

El Plan tuvo una corta vida de sólo tres años, siendo cambiado en 1970 por otro nuevo plan en el que, como elemento destacado, las prácticas de un año de duración desaparecieron.

La segunda etapa, en la que vuelvo a tomar contacto con la Escuela y en la que aún permanezco se inicia en 1977, cuando soy contratado como Profesor No Numerario (los conocidos PNN). La Escuela se integra en la recién creada Universidad de Cádiz como Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B., y formo parte del que denominábamos “Departamento” de Lengua, dirigido por Carmen García Surrallés, en el que imparto diversas asignaturas relacionadas con la Lengua Inglesa.

Necesariamente hay que destacar, en ambas etapas, la labor del componente humano de aquella antigua Escuela tan recordada en Cádiz. Doña Josefina Pascual, Directora durante muchos años, dejó paso a otra Directora, su hija Marisol Pascual Pascual, que durante muchas décadas se convirtió en alma mater de la Escuela, una vocación a la que dedicó, con entusiasmo, toda su vida laboral, junto con Alicia Plaza, también Directora durante algún tiempo y con idéntica disposición hacia la Escuela, y Carmen García Surrallés, secretaria algunos años y directora del departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura, desde el que dirigió Tesis Doctorales, publicó libros y desarrolló una intensa vida universitaria que aún continúa desde su nombramiento como Profesora Emérita. Con el riesgo de parecer injusto por citar tan sólo unas pocas personas, debo mencionar a la recordada Isabel Morales Túnez, “Isabelita”, quien, desde la innata amabilidad y eficacia, llevó todo el aparato económico-administrativo de “la Normal”.

En aquella antigua Escuela frente al Hotel Atlántico, vivimos el franquismo, las primeras huelgas, la transición y la llegada, por fin, de la democracia. Y, no mucho tiempo después y casi coincidente con el nuevo sistema político, elegimos, por primera vez a nuestro Director, José M^a Gutiérrez Pérez, quien tuvo la gran responsabilidad del traslado del centro a las instalaciones actuales en el Campus del Río San Pedro, a un edificio en principio pensado para la Facultad de Filosofía y Letras pero que, por circunstancias, nos correspondió. Con posterioridad le siguió en la dirección del centro José Miguel Alarcón quien permaneció en el cargo un año escaso. En 1992 la Junta de Escuela me eligió como Director de la, entonces, denominada Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB “Josefina Pascual”, con un objetivo a conseguir cual era la transformación de la vieja Escuela en la nueva Facultad de Ciencias de la

Educación, con la correspondiente dotación de catedráticos de universidad, aunque no se cubrieran las cuatro inicialmente dotadas.

Conseguido dicho objetivo la Junta de la Facultad de Ciencias de la Educación tuvo a bien elegirme como primer Decano de la misma, cargo en el que permanecí hasta 1999. Nuestra labor se centró, entre otras cuestiones, en implantar la Licenciatura en Psicopedagogía y abarcar todas las titulaciones de los nuevos títulos de Maestro, que recuperaban así la entrañable denominación.

La Facultad se renueva con cada promoción y aún siento la sensación, de novato, de revoloteo de mariposas en el estómago, al impartir mis clases, y aún me asombra y me fascina el hecho de la comunicación con los alumnos, el acto didáctico de enseñar.

Aquí ha transcurrido buena parte de mi vida y el balance de urgencia es positivo. Muchos años son los transcurridos en diversos estamentos de la vieja Escuela y de la joven Facultad, y muchos son los alumnos cuyo recuerdo aprecio y disfruto. Muchos, también, son los amigos que conservo, los recuerdos compartidos, las vivencias experimentadas, la memoria de las personas que ya no están, las añoranzas lejanas. Todas estas son imágenes, vivencias y recuerdos, que se agolpan desordenadamente en los recovecos de la memoria, parte de los cuales he querido compartir contigo, amable y desconocido lector.